

salido de la cárcel.¹ El propósito de estas líneas es rastrear el origen y algunas variaciones de este conjunto de percepciones.

Desde hace mucho se viene afirmando que los chinos llegaron a América antes que Colón. La mayoría de las suposiciones en este sentido se basan en coincidencias entre algún aspecto de las culturas prehispánicas y la cultura china y, además, en los recuerdos de los viajes chinos a Fusang. Ahora bien, todo es muy dudoso en esta hipótesis: es cierto que la cultura maya y la china guardan muchas correspondencias, pero es altamente improbable que el nombre de Fusang, que hoy se aplica a Japón, designara en algún momento a alguna tierra americana. Las indicaciones geográficas de los relatos de viaje a Fusang son demasiado vagas como para permitir una identificación con América. No es, sin embargo, imposible que alguna influencia china, quizás indirectamente, llegara a América: algún tipo de calendario, por ejemplo, algunos mitos y la técnica de la laca.² Estas influencias se explican porque antes del siglo xv China era la principal potencia marítima del mundo, con comercio muy lejano y enormes barcos equipados con brújula y cuadrante. Según la crónica de la dinastía Liang, el monje chino Huei Shen llegó a lo que hoy es México en tomo al año 499 d.C.³

Pero las noticias de estos contactos son muy escasas, y descubrir sus huellas en la cultura de nuestros días es hartamente difícil. El conocimiento de China comenzó en América con la llegada de los europeos.

2. La confusión inicial

DESDE los tiempos clásicos hasta el siglo xvi, los europeos dividían al Oriente en cuatro Indias: la India Cisgangética (entre el Indo y el Ganges), la India Transgangética, la India Superior (conocida como Catay-China) y la India Meridional (llamada también Cola de Dragón).⁴

¹ Para estos usos lingüísticos, véase Francisco J. Santamaría, *Diccionario de mexicanismos*, México, Porrúa, 1974; Francisco J. Santamaría, *Diccionario general de americanismos*, tomo I, Villahermosa, México, Gobierno del Estado de Tabasco, 1988; *Nuevo diccionario de americanismos*, dirigido por Günther Haensch y Reinhold Werner, tomo I, *Nuevo diccionario de colombianismos*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1993; tomo II, *Nuevo diccionario de argentinismos*; tomo III, *Nuevo diccionario de uruguayismos*; *Diccionario del español usual en México*, México, El Colegio de México, 1996; Renaud Richard, coord., *Diccionario de hispanoamericanismos*, Madrid, Cátedra, 1997.

² Celia Heil, "West Mexico and Asian laquers", *Amerística* (México), año 3, núm. 5 (2000), pp. 53-70.

³ Juan Hung Hui, "La inmigración china en el Caribe", *Cuadernos Americanos*, núm. 58 (julio-agosto de 1996), pp. 193-216, p. 194.

⁴ Paul Gallez, "El estrecho de Veragua, o Sudamérica como isla", *Amerística*, año 1, núm. 2 (1999), pp. 105-119, p. 112.

Es notable cómo, para los europeos, el descubrimiento de China fue paralelo al de América. Por supuesto, ya Marco Polo había hablado de Catay,⁵ ya que él había sido el verdadero descubridor de China para Europa, pero después de él hubo una interrupción casi completa de relaciones y fueron los navegantes europeos del siglo XVI los que buscaron el Catay por otros caminos, marítimos y ya no terrestres. Dicho de otro modo, el Oriente, sobre todo China, fue la gran ilusión, más aún, el móvil que impulsó a los aventureros y navegantes a llevar a cabo la ardua empresa de buscar una nueva ruta, o sea, una gran ruta al este por el oeste. Y eso puede ser considerado una primera manifestación de Orientalismo, bajo un matiz ya muy imperialista.

La palabra “China” fue conocida por primera vez a través del mapa del portugués Diogo de Ribeiro, en 1529.⁶ El topónimo “Catay” en realidad se refiere a las tribus nómadas que vivían fuera de la Gran Muralla, el imperio que se asentaba en el interior de la Muralla se llama “País Central” o “Celeste Imperio”, donde los chinos tienen su origen y se forjó una cultura milenaria. La confusión inicial viene de la confusión geográfica e histórica.

La intención de Colón era ir a la India Superior, o sea Catay-China. Ahora bien, en esta búsqueda de Catay-China, como es bien sabido, se encontró con América, en cuyas costas repetía que se hallaba cerca de los reinos del Gran Khan,⁷ deformaba los topónimos para acercarlos a los que eran conocidos por el *Libro de las maravillas* de Marco Polo (uno de los que con seguridad puede decirse que Colón leyó) y en las islas del Caribe reconocía al Japón, que él llamaba Cipango. En esta tierra bautizaron a los indígenas caribeños como “indios”, y les atribuyeron una serie de valoraciones, positivas y negativas, que todavía tienen vigencia.

De modo similar, en las décadas siguientes otros navegantes emprendieron por el mismo camino la búsqueda de Catay-China: un barco inglés que se perdió y atracó en Puerto Rico en 1527, o el explorador francés Jean Nicolet, que entre los bosques de Canadá se preparaba ataviándose con ropajes de seda para el encuentro con ese mismo Gran Khan, en 1638; un religioso franciscano que exploraba el

⁵ Catay, Kitai o Catayo, voz turca, fue el topónimo más común, en la literatura histórica anterior al siglo XVI, para nominar el vasto territorio que conocemos como China. Véase Gustavo Vargas Martínez, “Historia luso-española de la palabra China”, *Amerística*, año 1, núm. 2 (1999), pp. 127-134, p. 127.

⁶ *Ibid.*, p. 130.

⁷ Voz derivada de un título de los pueblos mongoles, para los europeos significó “Gran Rey”, “Emperador”. Después de la conquista de China por Gengis Khan, el “reino del Gran Khan” se convirtió en el nombre de la China septentrional.

norte de México en el siglo xvi juraba haber encontrado una ciudad cuyos habitantes vestían de seda y utilizaban camellos y elefantes.⁸ Catay-China era entonces un espejismo, o más bien una sombra, y su búsqueda es una crónica de sueños y ambiciones, de lucha y desesperación, de malentendidos y aun de odio, de aciertos y errores. De este modo, aunque rápidamente hubo conciencia de que China y América eran dos entidades distintas, algunas fantasías fabulosas relativas a China se asignaron a América: la abundancia de riquezas las culturas místicas y los seres extraños.

3. *Los alcances de una palabra*

Es interesante notar que una de las categorías raciales de la Colonia era la de “chino”. La palabra en sus inicios no tenía conexión con la China, proviniendo de un término quechua con el significado de “muchacho”.⁹ El mismo fue aplicado a cantidad de grupos distintos que sólo coincidían en no ser blancos: mestizos, zambos, indios, mulattos y negros.

Sin embargo, algunos empezaron a ver conexión entre los rasgos mongoloides de los así designados individuos americanos con grupos humanos asiáticos, que vagamente eran conocidos como “chinos”. Tanto más que la denominación fue adquiriendo algunos matices peyorativos, sobre todo en relación con la virtud femenina. Esto responde a una visión localista criolla de desprecio hacia los indios y también hacia otros grupos humanos como los chinos. Se trata de una de las pocas categorías etnoraciales de la colonia que aún perdura.

Podemos ver cómo la palabra ha ido evolucionando en un sentido peyorativo en América. Al principio la “china” era en Venezuela la india pura; en Colombia, mujer joven, muchacha, y según el contexto puede tener una connotación despectiva o afectiva; en el Cono Sur, era la mujer aindiada habitante del campo, una campesina joven o la compañera del gaucho; luego pasó a ser una sirvienta, niñera, mujer de clase baja, o mujer fea y desagradable. Hay proverbios que señalan esta dimensión despectiva en Argentina: “china pampa y mate amargo, sólo por necesidad”. En este paísrioplatense existe “chinada”, que es un conjunto de personas con escasa cultura y refinamiento, especialmente las de

⁸ Hernán G. H. Taboada, *La sombra del Islam en la conquista de América*, tesis de doctorado, México, UNAM, 2000, p. 39; *Cartas de religiosos de Nueva España, 1539-1594*, México, Chávez Hayhoe, 1941 (*Nueva colección de documentos para la historia de México*), p. 188.

⁹ Santamaría, *Diccionario de mexicanismos* [n. 1], p. 391.

extracción social humilde, o cosa que refleja mal gusto o vulgaridad. En Centroamérica y Bolivia china es el aya, niñera, chichigua en general. En Cuba (donde hubo una abundante migración china en el siglo XIX), por ironía, “llegarle a uno la china” es sobrevenirle una desgracia. Junto a la bajeza social, se aludió a una bajeza moral: “caliente como china en baile” significa muy excitada sexualmente; chinas son en Chile las prostitutas. En México, la homofonía con la palabra “chingar” ha llevado a acercamientos ofensivos: “la china hilaria”, usada en México para suplir una picardía, o “mandar a uno a la china”.

La palabra se aplica a objetos. En Colombia es un utensilio rústico hecho de fibras vegetales entretrejidas que forman una pequeña superficie plana con mango o sin él, usado para avivar el fuego en las cocinas; también representa una peonza o un trompo y un cierto aparatito de madera para devanar madejas. En Uruguay las chinitas son un calzado femenino, generalmente de tela, con suela de plástico.

Se formó un masculino. En general se aplica a los indígenas o mestizos, tanto autóctonos como de raza negra; también a los sirvientes y a los hombres del pueblo. El chino significa rabia, enfado, berrinche en Uruguay y en Argentina. Chino es en Chile un individuo de origen popular, ignorante. En Perú, el uso de este adjetivo quiere decir loco, pasmado e idiota, por ello, “estar chino” es estar loco. En Puerto Rico, el chino es el enfado, y “dar chino” tiene una connotación sexual. La voz, repetida varias veces, se usa para llamar a los cerdos en Puerto Rico; la etimología popular relacionó “chino” con “cochino”, lo que no sólo manifiesta un matiz peyorativo sino también la inocencia de la vulgaridad puertorriqueña, puesto que esa palabra no es la mejor manera de referirse a un grupo étnico que había forjado una cultura muy avanzada.

Hay también matices positivos. En México, el pelo chino es el pelo ensortijado. La fama de trabajadores que tienen ha llevado a decir “trabajar como un chino” por trabajar mucho. El papel de China (un tipo de papel fino de muchos colores) es símbolo de festejo y alegría en este país azteca. En el Río de la Plata, la connotación de humildad de la china fue dando lugar a otros significados. La china era la mujer del gaucho, y con el ennoblecimiento de esta figura en el imaginario rioplatense adquirió una coloración positiva, hasta dar en la figura de la novia. En Cuba es tratamiento de cariño entre mujeres. A veces es término de requiebro y galanteo, muy común en toda América, principalmente el diminutivo chinita.

Esta gran variedad de significados dependen de las complejas relaciones entre América y China. La visión autoritaria criolla muestra

que en la cultura popular la palabra “china” conlleva la connotación de una barrera entre los pueblos, la tierra americana nunca alcanza a ser totalmente un “crisol” dentro del cual se comprenden y se funden las distintas culturas, sino que siempre manifiesta una ruptura.

4. La imagen letrada

PAULATINAMENTE se fueron conociendo realidades sobre China, que cada vez más dejó de ser un espejismo, así como América, y de este modo los europeos empezaron a distinguir ambas regiones. Los primeros en darse cuenta del error fueron los misioneros, gracias a la correspondencia que circulaba entre las misiones asentadas en las diversas partes del mundo y al traslado de sus miembros de una región a otra. También hubo dos libros escritos en castellano en el siglo xvi, que luego fueron traducidos a las principales lenguas europeas: el *Discurso de la navegación que los portugueses hacen a los reinos y provincias del Oriente y de la noticia que se tiene de China* (1577), de Bernardino de Escalante, y la *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran Reino de la China* (1585), de Juan González de Mendoza. En esta literatura había dos imágenes de China: la primera, tal como nos revelan algunas líneas del *Quijote*, de Avellaneda, es un país lejano y ambiguo, una imagen geográfica; la segunda serie de imágenes, reelaboración de otras muy antiguas, fue la de un país magnífico para algunos, para otros pagano y bárbaro.

En América se hallan ecos de este conocimiento. Los libros sobre China figuran en catálogos de bibliotecas particulares y en las primeras bibliografías compiladas en América. En general había conciencia que China era la cuna de una civilización antigua que gozaba de técnicas e instituciones venerables, mientras los americanos se hallaban en la infancia de la humanidad. Este tipo de esquemas evolucionistas ya aparecen en la *Historia natural y moral de las Indias* (1590) del jesuita José de Acosta. Más adelante, la misma oposición llevará a ver en las dos regiones dos polos del pensamiento europeo de la otredad: China será el hogar de la más estricta regulación estatal (y se la considerará como despotismo abrasador o como paternalismo benéfico), mientras que América será la sede del hombre natural (bárbaro temible o dulce y manso Adán). Creían que el budismo estaba demasiado profundamente enraizado en el pueblo asiático, mientras que los indios tenían las creencias basadas en los fenómenos de la

Naturaleza. De este modo fray Pedro Simón, que escribía desde la actual Colombia, distinguía hacia 1620 las respuestas a la predicación: los indios no acuden a sutilezas “como los japoneses y chinos, que lo primero que se ponen a disputar con los predicadores del Evangelio es de estas materias y conferir si es mejor lo que les enseñan de nuestra ley que lo que ellos saben de la suya”.¹⁰

Ahora bien, estas ideas son creaciones de la mente europea mucho más que realidades etnográficas. Es curioso que hayan sido aceptadas por las partes involucradas: no sólo en lo que los chinos piensan de los latinoamericanos y viceversa, sino también en lo que ambos piensan de sí mismos. Sólo muy secundariamente han dominado el pensamiento concepciones nacidas del contacto directo entre ambas regiones.

Vemos aparecer la imagen en la literatura de la colonia. Bernardo de Balbuena menciona “la hermosa China”: escribiendo desde la capital de Nueva España, que tenía comunicación con Filipinas y de ahí con China, no podía dejar de recibir alguna noticia. Pero la imagen suele ser negativa. Según el obispo de Puebla y virrey de México, Juan de Palafox, en China no hay aristocracia hereditaria, lo cual redundaba en una carencia de acciones notables; con ello retomaba algunos conceptos tradicionales del pensamiento europeo. Del mismo modo, como es más honrosa la carrera de las letras que la de las armas, nadie quiere aplicarse a éstas, por ello, China sufría su debilidad. El rector de la peruana Universidad de San Marcos, Pedro Peralta Barnuevo, hablaba del “medio bárbaro y medio docto imperio de la China”.¹¹ Aunque es una equilibrada expresión, China para él fue sinónimo de lugar remoto y exótico, difícilmente cognoscible.

Pero lentamente van apareciendo apreciaciones más positivas. En consonancia con la nueva valoración que se dio en la Europa del siglo XVIII, el padre Feijoo señalaba en 1728 el error de quienes consideran a China un país bárbaro, ya que “su gobierno civil y político excede al de todas las demás naciones y sus habitantes son los más racionales de todos los hombres”.¹² Como él, hubo otros autores españoles que presentaron positivamente a China. Y en América se quiso relacionar las culturas precolombinas con un origen chino. Dentro del imperio español, el Río de la Plata fue la región que menos contactos con China tuvo durante la época virreinal, pero ello no impidió que este remoto país fuera una presencia viva en el pensamiento de sus habitantes, a

¹⁰ José M. Mariluz Urquijo Ahod, “La China, utopía rioplatense del siglo XVIII”, *Revista de Historia de América*, núm. 98 (julio-diciembre de 1984), pp. 7-32.

¹¹ Véanse estas citas en Mariluz Urquijo Ahod, *ibid.*, p. 15.

¹² *Ibid.*, p. 11.

veces con matices negativos, pero para los pensadores coloniales rioplatenses, como para los europeos coetáneos, China era el ejemplo de un país bien gobernado.¹³

5. *La imagen directa*

PESE a las repetidas afirmaciones de la historiografía eurocentrista, China constituyó hasta época muy tardía (el siglo XVIII, durante la dinastía Ching) el centro demográfico, económico y militar de la ecumene. Sólo en las fantasías del eclesiástico Bernardino de Escalante podía haber el consejo de conquistar China que dio a Felipe II, el cual hizo justicia a su nombre de Rey Prudente rechazando semejante idea. Esta centralidad fue confirmada con la importancia de Filipinas en el proyecto imperial español: desde su fundación en 1570, Manila fue la puerta del comercio con China y uno de los destinos de los cargamentos de plata americana, que era intercambiada por mercancías que ahí llevaba una numerosa colonia de chinos. No faltaba el temor ante la repetición de insurrecciones de estos comerciantes, y periódicamente se hablaba del ataque de las flotas chinas a Filipinas.

Tal ataque interesaba al gobierno chino mucho menos que la exportación de objetos de extremo refinamiento transportados en el Galeón de Manila, que llegaba a Acapulco, y el de Callao que de Acapulco iba a este puerto. Los objetos chinos se encontraban por ello tanto en Manila como en Lima, México o Puebla. En estas dos últimas ciudades existía un mercado especial, el parián, y en él se vendían los objetos que hoy vemos detallados en inventarios peruanos o novohispanos y exhibidos en museos: sedas, porcelanas, arcones, biombos, quitasoles y pinturas. También había importación de diversiones como los papalotes, el papel picado, los faroles de papel, el balero, los fuegos artificiales y las riñas de gallos.

Estos objetos influyeron de alguna manera sobre el arte americano en la talla de marfiles, en las lacas, en las telas, en particular, en el papel picado. Junto a las mercancías llegaron individuos de origen chino. Algunos eran empleados en los campos de la costa pacífica de México y de Perú. En este último país se menciona a un chino involucrado en un caso de asesinato.¹⁴ En otros casos, eran individuos provenientes de la América española los que encontraban chinos, ya sea en Filipinas,

¹³ *Ibid.*, p. 9

¹⁴ Estuardo Núñez, "Huellas e influencias de Oriente en la cultura peruana de los siglos XVI y XVII", en Ernesto de la Torre Villar, comp., *La expansión hispanoamericana en Asia, siglos XVI y XVII*, México, FCE, 1980, pp. 149-161.

ya en otras partes. El desafortunado Alonso Ramírez, protagonista de la novela de Carlos de Sigüenza y Góngora, dice haber encontrado en Batavia cantidad de “malayos, macasares, sianes, bugifes, *chinos*, armenios, franceses, ingleses, dinamarcos, portugueses y castellanos”.¹⁵ El viaje de Alonso Ramírez es probablemente ficticio, pero las noticias sobre estos grupos humanos la habrá recogido Sigüenza y Góngora de alguna fuente fidedigna relativa al comercio con el Indico.

En el siglo XIX medio millón de chinos de las provincias Guangdong y Fujin se vendieron en América, en particular en Cuba y en Perú, como mano de obra. A estos chinos les llamaron “culíes”, eran grupos de trabajadores esforzados que principalmente trabajaban en los campos de caña de azúcar y las minas. Ellos introdujeron en Cuba una forma de lotería popular clandestina conocida como *charada*.¹⁶ Muchos de ellos participaron en la revolución cubana de independencia y en las obras de infraestructura, como es el caso del Canal de Panamá, incorporándose de este modo a la corriente de la historia latinoamericana. Con el tiempo la imagen de los chinos se revela con creciente nitidez a la población, pero aún faltan perfiles claros.

Por todo esto, del mismo modo que para Europa, para América China era el lugar de origen de toda maravilla. Porello, “china” o “chino” se convierte en el adjetivo de especies vegetales y animales. Algunas especies vegetales tenían este origen real o supuesto: las chinas son en Costa Rica unas flores de muy diversos colores; en Centroamérica, una planta ornamental, con florecillas de varios colores y que se reproduce espontáneamente es llamada flor de china; hay una planta balsámica llamada chino; china es también la planta de la caléndula o maravilla española; la chinita es una planta herbácea que florece en verano y abunda en climas secos y terrenos arenosos del centro y norte de Argentina; existe una planta ornamental originaria del sur del Brasil y Paraguay que es una hierba desprovista de pelos llamada china; en Cuba y Puerto Rico, por antonomasia es la naranja dulce. La china en Colombia es nombre de varias especies de reptiles emparentados con los lagartos. El chinito es un curioso pajarito mexicano, ave de paso que llega a anidar al norte del continente cuando comienza la primavera; o el chino es un cierto coleóptero amarillo del tamaño de una chinche. Así, el chino o la china representan la maravilla y la curiosidad.¹⁷

¹⁵ Carlos de Sigüenza y Góngora. *Infortunios de Alonso Ramírez* (1690), en *Relaciones históricas*, México, FCE, 1954, p. 16.

¹⁶ Richard, *Diccionario de hispanoamericanismos* [n. 1], s. v. “charada”

¹⁷ Véanse los diccionarios citados [n. 1].

El gusto de la maravilla y la curiosidad aún se traslada a algunos individuos. El famoso personaje semihistórico conocido como la China Poblana, Catarina de San Juan (1619-1684) provenía de la India mogol, pero la fantasía popular identificaba sus ricos atavíos con las maravillas del país homónimo. A medida que transcurrió el tiempo, la rica indumentaria asociada con la china vino a dar nombre a un tipo de mujer vestida con ropaje suntuoso, que se convirtió en tradicional. En el habla popular mexicana, “china” era una mujer del pueblo, simpática y atractiva, limpia y decidora, esforzada, trabajadora, abnegada, que vestía rebozo, traje típico de vistosos colores y lentejuelas en franjas y olanes. Esta figura de la china hoy ha desaparecido, pero se ha convertido en un símbolo nacional en el México independiente, con la cual se ha cultivado la conciencia patria. Hay una descripción de la misma en unos versos de los primeros años de la independencia:

Con un rebozo terciado
y su falda de sarasa,
su escotado zapatito
y su breve andar que encanta:
es la trigueña “chinita”
la mujer más resalada
que en el suelo mexicano
naciera de sangre hispana.¹⁸

La imagen de la China Poblana nos recuerda un imaginario del modernismo hispanoamericano del siglo XX en torno a la descripción de la mujer china tradicional, que siempre lleva un matiz de esteticismo, pareciendo que al moverse hacía nacer flores a su paso. Por un lado es una imagen impecable, por el otro, irreal, pero ello con la ternura materna muestra la autoridad patriarcal china. Ejemplo es el de la emperatriz de la China de Rubén Darío: “Era una cabellera recogida y apretada, una faz enigmática, ojos bajos y extraños, de princesa celeste, sonrisa de esfinge, cuello erguido sobre los hombros columbinos, cubiertos por una onda de seda bordada de dragones, todo dando magia a la porcelana blanca, con tonos de seda inmaculada y cándida”.¹⁹

¹⁸ Rafael Carrasco Puente, *Bibliografía de Catarina de San Juan y de la China Poblana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, Departamento de Información para el Extranjero, 1950, p. 17.

¹⁹ Rubén Darío, “La muerte de la emperatriz de la China”, en *Azul. . Cantos de vida y esperanza*, México, Planeta Mexicana, 2000, pp. 137-144, p. 141.

6. La imagen de la China inmutable

TAMBIÉN existía una concepción más negativa, nacida de la confusión entre China y Japón, que perdura hasta nuestros días. En Japón, se sabía, habían sido martirizados varios misioneros cristianos y algunos japoneses convertidos. El único santo mexicano hasta fines del siglo xx fue san Felipe de Jesús, martirizado en Japón, y estaba difundido el culto de los “santos mártires japoneses”. China era entonces, en la imaginación popular, también un reino donde se perseguía a los cristianos. Es cierto que, en el campo popular, muchos latinoamericanos no distinguen bien entre China y Japón ni geográfica ni históricamente: China para ellos siempre manifiesta una imagen lejana, ambigua, mítica y ocultista; a veces es un país ajeno.

A medida que se acercaba la independencia, los países latinoamericanos del Pacífico tuvieron una conciencia cada vez más clara de la importancia del comercio con China. En el *Periquillo Sarniento* (1816) se mencionan palabras chinas, relacionadas con el tráfico de Filipinas: el topónimo de Sauchefú, nombres propios o de dignidades. Estos detalles con toda probabilidad derivan no de experiencia directa de Lizardi en Filipinas o en China sino de una vía libresca: el viejo tratado de González de Mendoza. Posiblemente Lizardi quería presentar a China como un contraste utópico para criticar el gobierno de México: un personaje de los últimos capítulos de la citada novela es un chino sabio y virtuoso, que se traslada a Nueva España y sabe vivir con frugalidad a pesar de sus riquezas.²⁰

Cuando estallaron las guerras de emancipación, los criollos vieron con esperanza o temor la invasión de mercancías no sólo europeas, sino también asiáticas, es decir de China e India. Otros hablaron de una influencia en la otra dirección y señalaron la benéfica influencia de la libertad americana sobre esos pueblos sometidos al despotismo.

Bolívar criticaba el despotismo oriental, categoría en la que incluía el de las dinastías chinas. Sin embargo, el contraste que establecía entre China y América no siempre era favorable para ésta: “En China no mandan buscar sus mandarines, militares y letrados al país de Gengis Khan que lo conquistó, no obstante que la raza actual de los chinos es descendiente directa de aquellas tribus a las que subyugaron los antecesores de los actuales tártaros” (1819).²¹ China era el ejemplo

²⁰ Edgar C. Knowlton, Jr., “China and the Philippines in *El Periquillo Sarniento*”, *Hispanic Review*, vol. 31 (1963), pp. 336-347.

²¹ Gustavo Vargas Martínez, “El despotismo asiático y China juzgados por Bolívar”, en *Reflexiones sobre el sueño bolivariano de la patria grande*, México, Domés, 1985, pp. 85-90.

del gobierno más antiguo, de un sólido Estado, frente al cual, sin embargo, se erguía la libertad recientemente decretada en Venezuela.

Los pensadores latinoamericanos, desde Bolívar hasta Leopoldo Zea, aprecian la función de la burocracia confuciana, aunque no todos le asignan igual valor, algunos la elogian como elemento de orden, otros consideran que ha perdido su carácter progresista mucho tiempo ha, convirtiéndose en el freno puesto a un desarrollo moderno. Cuando en Francia y en toda Europa estallaron las revoluciones liberales y en América la emancipación, China seguía manteniendo inmutable su sistema político y el emperador estaba encerrado en la Ciudad Prohibida con sus tres mil concubinas; más aún, no permitió intercambios culturales con los países europeos ni con los americanos. Ésta es la imagen de China que recibieron los hispanoamericanos durante la época de Independencia; sin embargo, esta imagen sigue recreándose, hasta hoy, en la lectura renovada de la antigua historia china. No hay duda alguna que Borges en su ensayo "La Muralla y los libros" criticaba la fragilidad de China, que necesitaba para protegerse una muralla, la cual se convirtió en una metáfora de las prácticas oscurantistas que querían impedir al pueblo ver hacia afuera.²² Así, según el criterio de los intelectuales latinoamericanos, o más bien según el imaginario colectivo, desde el Primer Emperador hasta el Último Emperador quisieron, encerrados en la Ciudad Prohibida y la Gran Muralla, aislar a China de la influencia de otros países y culturas. Sin embargo, a mi modo de ver, muchos escritores latinoamericanos encerrados también en su torre de marfil con el poder creador de su imaginación exuberante, con sus preferencias estéticas, escriben sobre China sin conocerla personalmente. Quizás a ellos parece no interesarles de manera consciente profundizar en la cultura china, la imagen de este país asiático les sirve sólo como un instrumento para poner de relieve algunos símbolos, por ejemplo: atacar el despotismo latinoamericano y criticar el materialismo (que veían en los refinamientos chinos) para exaltar la tradición criolla de gran afrancesamiento en el siglo XIX y XX. En el primer caso Juan Perón es copia difusa del Primer Emperador y la China turbulenta es semejante al México anarquista en las respectivas escrituras de Borges y de Lizardi; el otro motivo se puede ver en las obras del modernismo hispanoamericano.

²² Lucía Chen, "Borges: la Muralla y la quema de libros", *Cuadernos Americanos*, núm. 79 (enero-febrero de 2000), pp. 189-198, p. 193.

7. Conclusión

La presencia china en América Latina es mucho más abundante de lo que se cree, aunque haya permanecido oculta en las ideologías oficiales, atentas únicamente a la herencia española, indígena y africana. Sólo en los últimos tiempos se le ha prestado atención; sin embargo, se ha atribuido la influencia de la cultura a los inmigrantes que llegaron a América en la segunda mitad del siglo XIX. El propósito de las páginas anteriores fue mostrar que en muchos casos dicha influencia data de la época virreinal, cuya reminiscencia ha llegado hasta nuestros días tanto en el campo intelectual como en el popular.

La imagen china, sobre todo la referente a sus religiones, costumbres, castas, lenguas e ideas, puede ser una fuente de inspiración, de creación, para los escritores contemporáneos, como lo fue especialmente con los modernistas: quizás unas palabras o unas líneas en chino pueden aumentar el ambiente exótico, misterioso y maravilloso, y ellos nunca dejaron de aplicar léxico y expresiones muy refinadas para hablar de China, ofreciendo visiones muy variadas, y en muchos casos incitadoras, de arquitectura, jardines orientales, porcelanas finas, sedas, marfiles, lacas, bordados, biombos, quitasoles y papalotes, conocidos también como volantines o cometas. El exotismo, sin duda, fue uno de los motivos fundamentales en la construcción de sus orientalismos.²³ Sin embargo, los textos y los contextos conllevan muchos elementos negativos: por ejemplo en Rubén Darío y Borges, quienes junto a la admiración muestran en el fondo distanciamiento hacia China, dado que para ellos simplemente es un símbolo, una metáfora de la utopía, que lleva una cultura mística y filosófica. La imagen china se convierte en un espacio donde se permite a los escritores observar y pensar libremente, pero siempre contiene un remanente de intuición que remonta a los primeros tiempos de la presencia europea en América, cuando el Nuevo Mundo apareció como una sombra de China.

Occidente y Oriente forman una pareja antinómica, que en realidad es un conflicto omnipresente en el imaginario, existiendo una serie de oposiciones binarias entre ambos hemisferios: centro/periferia, dominación/subordinación, pluralismo/autoritarismo, conquistador/conquistado, cultivado/extraño, cristiano/pagano. Por errores y por malentendidos se encuentra América en el lugar deparado para la

²³ Iván A. Schulman, "Sobre los orientalismos del modernismo hispanoamericano", *Casa de las Américas* (La Habana), año XI, núm 223 (abril-junio de 2001), pp. 33-43, p. 42.

“sombra chinesca”; aunque pronto se afirma que la tierra ya es redonda y América y China son dos entidades, nunca se eliminó la ideología de fragmentaciones y conflictos, y los malentendidos sobre la imagen china fueron, y siguen siendo, una partecultural inmovible, más aún. inolvidable.

Por ello, en este trabajo he usado la expresión “sombras chinescas”, que simboliza la fantasía, como el título que expresa mi inquietud y preocupación sobre la imagen china en América Latina, la cual hace parte de la problemática multirracial y multicultural del Nuevo Mundo, enlazada a una problemática similar en el Viejo Mundo, a la que dieron parcial resolución en la antigüedad las concepciones helénica y latina en torno al Mediterráneo.

BIBLIOGRAFÍA

- Carrasco Puente, Rafael, *Bibliografía de Catarina de San Juan y de la China Poblana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, Departamento de Información para el Extranjero, 1950.
- Cartas de religiosos de Nueva España, 1539-1594*, México, Chávez Hayhoe, 1941 (*Nueva colección de documentos para la historia de México*).
- Chen, Lucía, “Borges: la Muralla y la quema de libros”, *Cuadernos Americanos* (México), núm. 79 (enero-febrero de 2000), pp. 189-198.
- Dario, Rubén, *Azul Cantos de vida y esperanza*, México, Planeta Mexicana, 2000.
- Diccionario del español usual en México*, México, El Colegio de México, 1996.
- Escalante, Bernardino de, *Discurso de la navegación que los portugueses hacen a los reinos y provincias del Oriente y de la noticia que se tiene de China* (Sevilla, 1577), ed. facsimilar con una introducción de Lourdes Díaz-Trechuelo, Universidad de Cantabria/Excmo. Ayuntamiento de Laredo, 1991.
- Fernández de Lizardi, José Joaquín, *El Periquillo Sarniento* (1817), México, Porrúa, 1982.
- Franke, Herbert, *El imperio chino*, México, Siglo XXI, 1985.
- Gallez, Paul, “El estrecho de Veragua, o Sudamérica como isla”, *Amerística* (México), año 1, núm. 2 (1999), pp. 105-119.
- Haensch, Günther, y Reinhold Werner, *Nuevo diccionario de americanismos*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1993, tomo I, *Nuevo diccionario de colombianismos*; tomo II, *Nuevo diccionario de argentinismos*; tomo III, *Nuevo diccionario de uruguayismos*.
- Heil, Celia, “West Mexico and Asian laquers”, *Amerística* (México), año 3, núm. 5 (2000), pp. 53-70.

- Hung Hui, Juan, "La inmigración china en el Caribe", *Cuadernos Americanos* (México), núm. 58 (julio-agosto de 1996), pp. 193-216.
- Knowlton, Edgar C., Jr., "China and the Philippines in *El Periquillo Sarmiento*", *Hispanic Review*, vol. 31 (1963), pp. 336-347.
- Kushigian, Julia Alexis, *Orientalism in the Hispanic literary tradition. in dialogue with Borges, Paz and Sarmiento*, Albuquerque, University of Nuevo México Press, 1991.
- Mariluz Urquijo Ahod. José M., "La China, utopía rioplatense del siglo XVIII", *Revista de Historia de América* (México), n. 98 (julio-diciembre de 1984), pp. 7-32.
- Núñez, Estuardo, "Huellas e influencias de Oriente en la cultura peruana de los siglos XVI y XVII", en Ernesto de la Torre Villar, comp., *La expansión hispanoamericana en Asia, siglos XVI y XVII* México, FCE, 1980, pp. 149-161.
- Richard, Renaud, coord., *Diccionario de hispanoamericanismos*, Madrid, Cátedra, 1997.
- Said, Edward, *Orientalismo*, Madrid, Libertarias/Prodhufo, 1990.
- Santamaría, Francisco J., *Diccionario de mexicanismos*, México, Porrúa, 1974.
- , *Diccionario general de americanismos*, tomo I, Villahermosa, México, Gobierno del Estado de Tabasco, 1988.
- Schulman, Iván A., "Sobre los orientalismos del modernismo hispanoamericano", *Casa de las Américas* (La Habana), año XLII, núm. 223 (abril-junio de 2001), pp. 33-43.
- Sigüenza y Góngora, Carlos de, *Infortunios de Alonso Ramírez* (1690), en *Relaciones históricas*, México, UNAM, 1954.
- Taboada, Hernán G. H., *La sombra del Islam en la conquista de América*, tesis de doctorado, México, FFYL, UNAM, 2000.
- Vargas Martínez, Gustavo, "El despotismo asiático y China juzgados por Bolívar", en *Reflexiones sobre el sueño bolivariano de la patria grande*, México, Domés, 1985, pp. 85-90.
- , "Historia luso-española de la palabra *China*", *Amerística* (México), año I, núm. 2 (1999), pp. 127-134.